

Julio González Pola y el monumento dedicado en Cartagena a los heroicos marinos de Cavite y Santiago de Cuba en 1898

Francisco José PORTELA SANDOVAL *

No fueron pocos los personajes militares ligados a los trágicos acontecimientos ultramarinos de 1898 que encontraron plasmada su imagen en monumentos de piedra y bronce que, firmados por los mejores escultores de los primeros años del pasado siglo XX, se encuentran repartidos por tierras españolas. Así ocurrió con el general Martínez Campos, en su excelente estatua ecuestre del Retiro madrileño realizada en 1907 por Mariano Benlliure; con el heroico soldado Eloy Gonzalo en su figura del Rastro igualmente en Madrid, fundida por Aniceto Marinas en 1902; o con el general Vara de Rey, protagonista con sus valientes soldados de la gesta de El Caney, recordado en sendos monumentos alzados en su Ibiza natal en 1900 por el catalán Eduardo Alentorn y en Madrid en 1915 por el asturiano Julio González Pola.

También en aquellos años iniciales de la pasada centuria hubo ocasión de recordar a algunos de los heroicos representantes que la Armada española tuvo en los combates de Cuba y Filipinas. Tal aconteció con el valiente marino que fue Fernando Villaamil y Fernández-Cueto, cuya memoria se honra en su asturiano pueblo natal de Castropol a través de un monumento ejecutado a comienzas de 1900 por el escultor Cipriano Folgueras.

Pero como monumento de tipo colectivo dedicado a la Armada, el más importante es el que, en recuerdo de los Héroes de los combates que tuvieron lugar en Cavite y en Santiago de Cuba en 1898, se levanta en esta ciudad departamental de Cartagena desde 1923 y ante el que hoy nos encontramos para rendir un merecido homenaje. En aquel año, el escultor asturiano Julio González Pola ofrecía otra excelente muestra de su preferente dedicación a los

* Catedrático de Universidad Complutense.

monumentos de carácter militar y patriótico, como poco antes lo habían sido el levantado en Madrid al general Vara de Rey y a los héroes del Caney y en el cementerio de Vigo a los soldados repatriados de Ultramar por la Cruz Roja y, sobre todo, el que, desde 1908, se encontraba en el madrileño Parque del Oeste como permanente recuerdo de los soldados y marinos muertos en Cuba y Filipinas con una monumental silueta de treinta metros de altura y que, presidido por una elegante y alegórica figura de la Patria, recordó la gloria de aquellos servidores de España hasta que fue destrozado en los trágicos años de la Guerra Civil, sin que, por desgracia y tras no pocas gestiones, hayamos sido capaces de lograr su reconstrucción, al menos parcial, en coincidencia con la todavía reciente conmemoración del centenario de los hechos que habían generado su realización.

Mas, por fortuna, todavía sigue en pie en este cartagenero paseo de Alfonso XIII, el monumento que, erigido en terrenos antaño ocupados por la Puerta del Mar, tuvo el honor de haber sido inaugurado por SS. MM. los reyes Don Alfonso XIII y Doña Victoria Eugenia el nueve de noviembre de 1923, con ocasión de que acababan de cumplirse los primeros veinticinco años de los acontecimientos que habían tenido lugar en mayo y julio de 1898. No podemos dejar de mencionar que el hecho constituyó un auténtico acontecimiento local celebrado con fuegos de artificio, regatas, conciertos, retreta militar y hasta corridas de toros, pero resulta más importante destacar que al acto inaugural asistió una representación del Casino Español de la localidad cubana de Sagua la Grande, que mucho se había distinguido a la hora de conseguir fondos para la suscripción pública realizada en la isla caribeña, así como también la de distintos grupos de españoles residentes en Filipinas, que aportaron cifras de importancia a la mencionada cuestación. De otra parte, resulta curioso comprobar que en el mismo acto inaugural se celebró una misa oficiada precisamente por el mismo sacerdote que habla sido capellán del crucero «Colón» durante los combates cubanos.

Como ahora vemos, sobre varias gradas de piedra rodeadas de una cadena apoyada en pétreos mojones y anclas de bronce, se alza una especie de composición piramidal muy al gusto de la España de los años veinte del pasado siglo y que venía a suponer una reelaboración del tema funerario del obelisco. En ella aparecen diferentes inscripciones alusivas a las gestas que recuerda el monumento, figurando entre las mismas un poema de López de Saa y un soneto de Miguel Pelayo (1880-1957), afamado poeta modernista de esta misma localidad murciana, así como una relación del personal de marina y tropa de origen cartagenero que encontró la muerte en aquellos combates.

La cara principal del monumento se decora en su parte inferior con un gran escudo real rodeado por el collar de la Orden del Toisón de Oro y flanqueado por leones rampantes y ramas de laurel; sobre el mismo aparece, en letras de bronce,

una leyenda alusiva a los héroes de Cavite y Santiago de Cuba («A/ LOS HEROICOS/ MARINOS/ DE/ CAVITE/ Y/ SANTIAGO/ DE/ CUBA/ 1838»). Y en la parte posterior, otra inscripción (‘‘HONOR/ A/ LAS ESCUADRAS/ DE/ CERVERA/ Y/ MONTOJO») recuerda, respectivamente, a las escuadras del contralmirante Montojo, héroe en la desafortunada actuación del Cavite, y del almirante Pascual Cervera, que combatió en Cuba, apareciendo en las caras laterales unas figuras desnudas que parecen simbolizar la Gloria y el Heroísmo.

Más abajo, en la cara norte, un grupo escultórico alude al heroísmo de los marinos a través de las figuras de dos de ellos muertos sobre una pieza de artillería González Hontoria en la proa del crucero «Infanta María Teresa», mientras que un tercero parece mirar con aire fiero hacia el enemigo, en el lado opuesto, se encuentra otro grupo de tres figuras: dos marinos -uno de ellos oficial, que lucía el sable desenvainado en la diestra- y una alegoría femenina, todas ellas dispuestas de manera que no se oculten unas a otras y perfectamente trabadas entre sí con la maestría de que el escultor asturiano solía hacer gala en todas sus obras. Este último grupo simboliza el valor de los marinos de desembarco, como aquellos que, al mando del capitán de navío Joaquín de Bustamante y Quevedo, por entonces jefe del estado mayor de la escuadra del almirante Cervera, bajaron de sus buques en Santiago de Cuba el uno de julio para acudir en apoyo de Las tropas españolas que defendían las cercanas Lomas de San Juan, pero la mayor parte de los hombres pereció en la acción y el propio Bustamante falleció a los pocos días a consecuencia de las graves heridas que recibiera; mas también el grupo escultórico podría recordar a los marineros que, una vez destruida la artillados y con un desplazamiento de 19.000 toneladas, integraban la escuadra norteamericana mandada por el comodoro Dewey arrasaron en poco tiempo a la flota española que se encontraba fondeada frente al arsenal de Cavite para defender la ciudad de Manila. La escuadra española que mandaba el contralmirante Patricio Montojo estaba compuesta por cinco cruceros y tres cañoneros, que, con un desplazamiento de sólo 11.600 toneladas y una muy inferior capacidad de fuego, pronto fueron pasto de las llamas, por lo que Montojo no tuvo más remedio que ordenar el hundimiento de sus propios navíos para evitar que fueran apresados por el enemigo, aunque el escaso calado de aquellas aguas no impidió que, al menos, tres de los cruceros fueran luego recuperados por la armada americana. El resultado material no pudo ser más horrible: los cruceros «Reina Cristina» (buque insignia y al mando de marino tan glorioso como Cadarso), «Don Juan de Austria», «Antonio de Ulloa», «Isla de Luzón» e «Isla de Cuba»; los cañoneros «Castilla», «Velasco», y «Manila», y los avisos «Argos» y «Marqués del Duero» causaron baja en la Marina española; las pérdidas humanas entre sus dotaciones se elevaron a 60 muertos y 193 heridos, pero el balance pudo haber sido todavía mucho peor.

De otra parte, en las primeras horas de la mañana del tres de julio de 1898 los navíos de la escuadra del almirante Pascual Cervera se vieron obligados a abandonar el puerto de Santiago de Cuba obedeciendo órdenes superiores de navegar hacia las Antillas y muy en contra de la voluntad de su jefe, sabedor de que se encaminaba a un sacrificio inútil por cuanto apenas disponía de combustible y tenía además que enfrentarse a una escuadra más rápida en movimiento y muy superior en potencia de fuego. Así, en poco tiempo, los cruceros «Infanta María Teresa» (que era el buque insignia), «Cristóbal Colón», «Vizcaya» y «Almirante Oquendo» —mandado por el ilustre Lazaga— fueron fácil blanco de los cuatro acorazados y un crucero que constituían la flota norteamericana del almirante Sampson; la misma trágica suerte corrieron los cañoneros-contratorpederos o destructores «Furor», «Terror» y «Plutón», que integraban la escuadrilla mandada por el capitán de navío Fernando Villaamil desde el primero de ellos y a bordo del cual encontró la muerte. Además del ya de por sí horroroso desastre de toda una flota fuera de combate, el dramático balance humano del encuentro fue de 332 muertos y 197 heridos entre los marinos españoles.

Estos fueron, en apretado resumen, los hechos históricos que recuerda este monumento, que había sido promovido en 1919 por una comisión presidida por el historiador Rafael Altamira e integrada por varios ilustres marinos, militares y civiles, y cuya realización fue costeada mediante una suscripción nacional en la que, además de los propios Reyes, también participaron muchos españoles que residían en América y Filipinas, deseosos todos ellos de que, al cumplirse el primer cuarto de siglo de la fecha de los combates, el pueblo —como escribió un cronista de la época— pudiera admirar y comprender el exaltado patriotismo de aquellos ilustres marinos que, en palabras del propio almirante Cervera, «defendiendo la Patria con honor y con la satisfacción del deber cumplido», supieron morir como héroes antes que rendirse humillados. A ese fin fue encaminado este monumento, cuya calidad escultórica y simplicidad de concepción —como reseñaba el mismo cronista— son «el mayor acierto del notable escultor, que ha sabido inmortalizar en piedra aquella triste y grandiosa epopeya de nuestra Marina de guerra».

No se equivocaba quien eso escribía hace años cuando hablaba de inmortalizar en piedra aquellas gestas, puesto que de piedra eran los grupos escultóricos originales, los cuales, al encontrarse considerablemente deteriorados a consecuencia de la proximidad del mar y también de los efectos de la contienda civil, tuvieron que ser vaciados en bronce en 1985, aunque sería muy deseable detener por entero tal erosión poniendo a cubierto las figuras conservadas en el Hospital Naval y en el Arsenal, como ya lo están las placas originales depositadas en el Museo Naval.

Y permítanme que, para concluir estas breves palabras, recuerde, en aras de la justicia, que el escultor que hizo realidad este monumento no fue el valenciano Miguel Ángel Casañ, al que se adjudica en una moderna inscripción, en la que también consta el nombre de Eduardo Capa, buen amigo y excelente fundidor en bronce. A Casañ, que compatibilizó las labores docentes en diversas ciudades hasta su jubilación con la hechura de varios monumentos e imágenes procesionales, tan sólo le fue encomendada en 1981 la restauración, o más bien reconstrucción, del conjunto, a la que durante algo más de un año de trabajo aplicó su mejor saber y entender tanto en la colocación de pétreos bloques de granito del Guadarrama como en el vaciado en bronce de Las figuras originales, ya intensamente erosionadas por los húmedos aires del Mediterráneo.

No resultó del todo mal la empresa, como podemos contemplar, pero, a fin de que no se diga que nuestra Asociación consiente usurpaciones tales en monumentos de tema militar, resulta obligado indicar —y me gustaría que de ello se dejara permanente testimonio material en la propia obra— que el escultor que realizó el monumento allá por 1923 se llamaba Julio González Pola, que había nacido en Oviedo en 1860 y que falleció en Madrid en 1929, después de haber obtenido las más importantes recompensas en diferentes Exposiciones Nacionales de Bellas Artes. Además, González Pola dedicó buena parte de sus valiosas dotes creativas a recordar en bronce y en piedra las más importantes páginas de la historia militar de España, desde la Guerra de la Independencia hasta la de África, sin olvidar de manera muy especial los aciagos momentos vividos por nuestra bandera y por las tropas que heroicamente la defendieron en los lejanos mares y tierras de Cuba y Filipinas hace ahora poco más de un siglo.





